

Santa Teresa de Jesús

Poesía y pensamiento  
Antología

Selección y presentación de Clara Janés



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2015  
Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de esta edición: Clara Janés Nadal, 2015  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-312-5  
Depósito legal: M. 26.457-2018  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9 Prólogo, por Clara Janés

## Poesía

- 21 Cantos del corazón enamorado  
23 Mi amado para mí  
24 Muero porque no muero  
27 Hermosura de Dios  
28 Búscate en mí  
30 Vuestra soy  
34 Ayes del destierro  
38 Loas a la cruz  
39 La cruz  
41 Corazón feliz  
43 Villancicos para la Navidad, los Reyes y la Circuncisión  
45 Pastores que veláis  
47 Nace el Redentor  
48 Navidad  
50 Ya viene el alba  
51 Vertiendo sangre (Circuncisión)  
52 Sangre a la tierra (Circuncisión)  
54 Con los Reyes  
57 En loor de los santos y con motivo de ceremonias religiosas  
59 A San Andrés

## Índice

- 61 A San Hilarión
- 63 A Santa Catalina mártir
- 65 Buena ventura
- 66 El velo
- 68 En una profesión
- 70 Ya no durmáis
- 72 A la gala gala
- 74 Hacia la patria
- 76 Profesión de Isabel de los Ángeles
- 78 Dichosa zagala
- 80 En defensa del sayal

## Prosa

- 85 De la pobreza, la humildad, el desasimiento y la oración
- 87 De *Camino de perfección*
- 99 El encendido amor y el no entender entendiendo
- 101 De *Meditaciones sobre los Cantares*
- 131 Del cuerpo, del alma y de la unión
- 133 De *Moradas del castillo interior*
- 137 Primeras moradas
- 140 Segundas moradas
- 142 Terceras moradas
- 145 Cuartas moradas
- 150 Quintas moradas
- 152 Sextas moradas
- 164 Séptimas moradas
- 167 La íntima exaltación
- 169 De *Exclamaciones del alma a Dios*
- 185 La relación con los demás y la presencia de Dios
- 187 De *Avisos de la madre Teresa de Jesús, para sus monjas*

## Prólogo

Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582) nació en tierras de Ávila, en el seno de una familia de conversos, y en su casa vivió dos tendencias antagónicas: un espíritu combativo y una espiritualidad antimundana, dos posiciones que marcaron su talante. María de San José, en su *Libro de recreaciones*, nos la describe con los ojos negros y vivos, la nariz «bien sacada», las orejas pequeñas, la boca equilibrada, y con unos signos distintivos: los lunares de su rostro, situados en el lado izquierdo, que, dice, eran tres, «pequeños, en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca». Su modo y sus andares, concluye, resultaban agradables, y «daba gran contento mirarla y oírla, porque era muy apacible y graciosa en todas sus palabras y acciones». Su vida, nada fácil, se vio coronada por su apoteósica beatificación y santificación, celebradas en toda España, lo que culminó en 1970, al ser proclamada por Pablo VI Primera Doctora de la Iglesia.

Indudablemente, Teresa era extrovertida y a la vez tan apasionada e intrépida, ya desde niña, que a los siete años intentó partir con su hermano Rodrigo a tierras de moros para sufrir martirio. Luego fue lectora entusiasta de las novelas de caballerías, lo que, sin duda, tuvo algo que ver con el hecho de que, cuando llegó a la cumbre de su escritura, resumió la unión del alma con Dios –lo que más le importaba– en el símil del castillo.

No fue menos apasionado su ingreso en el convento del Carmelo a los veintidós años (1537) y su entrega a la penitencia y a la oración, hasta tal punto que, un tiempo después, cayó enferma, se diría con el mismo ímpetu: entró en un coma profundo y estuvo amortajada y en sepultura abierta, y sólo al cabo de casi cuatro días despertó. Lo hizo delirando y en parte paralizada. Tuvieron que pasar tres años para que volviera a andar. Una larga crisis espiritual acompañó estos sucesos, pero salió de ella renovada. Estaba a punto de cumplir los treinta y nueve años. Contaba cuarenta y cinco en 1560, cuando llegó a Ávila el franciscano San Pedro de Alcántara. Su presencia y su actitud hicieron mella en Teresa induciéndola a concebir la reforma del Carmelo. En 1562, no sin perances, fundó el primer convento de Descalzas reformadas, San José.

Por entonces, su confesor le ordenó escribir el libro de su *Vida*. La época andaba revuelta en el campo religioso y, además, aún había eruditos –y médicos– que se preguntaban si la mujer «era un ser humano». Pasados los primeros contratiempos, sin embargo, siguió un período de calma durante el cual Teresa de Ávila escribió *Camino de perfección y Meditaciones sobre los Cantares*. A partir

de aquel momento, se reveló en toda su personalidad: por un lado cumplió su ideal caballeresco fundando 17 conventos, y, por otro, irrumpió valientemente en el campo de la escritura, cosa que hizo siguiendo el modelo de San Agustín.

El estudioso André Stoll observa cierta proximidad entre la obra de la Santa y la novela picaresca, subrayando que la suya es mucho más radical y osada, por lo que tiene que ver con su propia vida, incluso cuando se acerca al *Cantar de los Cantares*, que emplea relacionándolo con su experiencia íntima. Añade que, a través de su meditación sobre el amor, entra en territorios a los que no tenía acceso en su calidad de mujer y descendiente de sefardíes: los del oriente bíblico.

Es de notar que, en este periodo, el discurso místico es el único en el cual la mujer actúa y habla de modo público, y es el espacio seguro que le permite eludir la «racionalidad de la lógica patriarcal», como ve con lucidez Joan I. Cammarata<sup>1</sup>. Santa Teresa lo consigue al reconocer «su posición de *otra*», nos dice, y, además, destaca en su obra esta evidencia: «la comunicación del éxtasis espiritual se representa en términos de pasión humana. La Santa describe su éxtasis en una visión de abyección delante del Divino, una estrategia retórica conforme con su condición femenina».

Esta estrategia tiene mucha fuerza y el lector capta que Teresa la configura a través del estilo. Escribe, dice, por

1. «El discurso femenino de Santa Teresa de Ávila, defensora de la mujer renacentista». *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 1992.

obediencia, pero la pasión con que lo hace nos transmite que se trata de su propio deseo. ¿Quién le obliga a poner sobre el papel esas *Exclamaciones*? La misma estrategia, por otra parte, la desarrolla en su propia vida. Aurora Egido<sup>1</sup> observa que, en su reclusión, la carmelita da gracias a Dios por la vía elegida, pues le permite conseguir lo que de otro modo le estaría vedado. En efecto, no en vano escribió con toda claridad, en el *Libro de las fundaciones*, refiriéndose a las monjas que se quejaban de su vida de religiosas: «no conocen la gran merced que Dios les ha hecho en escogerlas para Sí, y librarlas de estar sujetas a un hombre, que muchas veces les acaba la vida, y plegue a Dios no sea también el alma».

Dicha habilidad se percibe además, en su escritura, a través de los consejos y las advertencias, por ejemplo respecto a los confesores, no todos idóneos. Muchas cosas se interrelacionan y la Santa las presenta aiosamente enlazadas. Comentando sus lecturas, las que ella misma menciona (los *Evangelios*, las *Epístolas* de San Jerónimo, el *Abecedario* de Osuna, las *Confesiones* de San Agustín, y las *Morales* de San Gregorio), Aurora Egido afirma que carecía de títulos, lo que le impedía competir con los teólogos, pero «armada de su experiencia, con la ayuda de los recursos retóricos del estilo más humilde ofrece su obra a los letrados. Su principal interlocutor, Dios, acude en su defensa. Dirá: “Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras le habíamos de dar siempre infinitas gracias, porque haya quien con tantos trabajos

1. «Santa Teresa contra los letrados. Los interlocutores de su obra», *Criticón*, 20, 1982 p. 96.



haya alcanzado la verdad que los ignorantes ignoramos”. No podía obrar con mayor sutileza al recomendar que se ha de buscar siempre un confesor con letras».

Indudablemente era sutil y grande el atrevimiento de nuestra Santa al superar las fronteras trazadas por los discursos dogmáticos, prohibiciones lingüísticas e imaginativas y las coacciones sociales, gracias a su experiencia iluminada. Por ello resulta particularmente interesante su forma de comunicar la profundidad de visión de los sucesos espirituales, y la franqueza con que expone sus propios límites en el campo de la comprensión. El «saber del no saber», del que habla San Juan de la Cruz –primer monje carmelita reformado, que fue durante cinco años confesor en el convento de la Encarnación, donde ella había profesado–, queda claro en los papeles de Teresa de Ávila en ese entender no entendiendo que la impulsa reiteradamente a predicar, coincidiendo con la exigencia del oráculo de Delfos, que lo primero es conocerse a sí mismo. Éste es el paso previo para conocer a Dios y el enclave que permitirá dilucidar lo que es obra del Altísimo de lo que es engaño del demonio.

La mezcla de pasión amorosa y exigencia de lucidez se extiende por todas sus obras y destaca en las ya mencionadas *Meditaciones sobre los Cantares*, lo que hace de estos textos algo particularmente vivo, tan vivo que su escritura, al fin, resultó peligrosa a ojos de los inquisidores, que, por otra parte, no admitían una interpretación femenina de las Escrituras, ni siquiera una lectura de ellas en romance.

Requisada ya la *Vida*, dada la orden de quemar estas «meditaciones», escribió más adelante (1577) su obra

fundamental, *Moradas del castillo interior*, censurada luego, aunque con su anuencia. Mientras, ha seguido preguntándose por lo que no entiende y lanzando al aire su sentir, si bien de un modo más escueto, así en sus *Exclamaciones*. Pero es toda la vida del convento, como se detecta en *Camino de perfección*, *Las fundaciones*, las *Cuentas de conciencia*, sus numerosas cartas o los *Avisos*, la que queda patente en su escritura, se trate de la relación de las religiosas entre sí, la actitud a adoptar –y la ya mencionada prevención– con los confesores, las virtudes que se deben practicar o los modos de oración y meditación. Por este motivo, por lo que comportan de integración en la vida, tienen tanta importancia sus poemas, muchos de los cuales entroncan con el acervo popular, pues surgen en parte casi improvisados para las distintas celebraciones o actos religiosos.

Del mismo modo que hay en su obra este nexo con lo popular, lo religioso o, directamente, con la Biblia, hay vínculos que parecen más enigmáticos, concretamente en lo que toca a las *Moradas*. Santa Teresa afirma que la imagen del castillo –un castillo de diamante para llegar a cuyo centro el alma tiene que recorrer seis moradas hasta alcanzar la séptima, donde se encuentra aquel que es su objetivo, Dios– se le apareció espontáneamente «estando suplicando a Nuestro Señor hablase por mí», pero no por ello deja de llamar la atención la similitud del relato con otros que, desde la antigüedad, ha dado el imaginario humano. Así el difunto egipcio tenía que cruzar siete puertas hasta llegar ante Osiris e identificarse con él. El símil de las moradas del alma se da también en la mística islámica; y en la judía de la Merkabá, los *hejalot* son pa-

lacios celestes por los que se pasa para llegar al séptimo, el Trono de Dios. Siete eran los cielos zoroastrianos, siete los valles que en la tradición irania tenían que cruzar los pájaros para encontrar a su Rey... Todo ello queda bien enmarcado en el concepto del inconsciente colectivo defendido por Jung y en su teoría de los arquetipos, al hablar de los cuales cita «los peligros del inconsciente» que identifica con «*the perils of the soul*» ('los peligros del alma').

El alma, en efecto, está en peligro, incluso respecto a sí misma. Y esto lo sabía muy bien la Santa. Por ello, la transformó en caballero lanza en ristre, para que alcanzara la séptima morada. Sólo en este punto podía liberarse de la amenaza del maligno. Llegada al centro del diamante, la unión era tan fuerte que Teresa afirma: «parece que desfallece el alma de suerte que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo: a la verdad, no sería poca dicha la suya».

Muy amplio es el espectro que abarca la obra de Teresa de Jesús, pero ha sido este conocimiento íntimo del arrobamiento místico, por una parte, y, por otra, la relación de la vida interior personal con el medio concreto en el que se movía, el convento, y con la experiencia religiosa del entorno envuelta en la situación socio-política lo que ha presidido mi selección. Aunque he consultado diversas ediciones, he seguido en general, si bien introduciendo mínimas correcciones, la publicada por la B.A.C. en el año 1986, realizada por Efrén de la Madre de Dios, O.C.D., y Otger Steggink, O.Carm., por respetar el idioma de la Santa sin modernizarlo, convencida de que no presenta dificultad para el lector y, en cambio, conserva

la gracia y viveza originales. Cuando la selección se centra fundamentalmente en temas concretos, los he indicado entre corchetes, cosa que no he hecho cuando el peso recae en el espíritu global del libro. Quiero además mencionar a la escritora francesa Marcelle Auclair, que tradujo toda la obra de Santa Teresa y escribió su biografía, y cuya última publicación, una antología de sus escritos, ha sido para mí un impulso en este trabajo.

Poesía



*«Todo se pasaba riendo y componiendo romances y coplas de todos los sucesos que nos acontecían, de que nuestra Santa gustaba extrañamente», escribió María de San José en el Libro de recreaciones. En efecto, Teresa de Ávila se inscribía naturalmente en el arte de hacer letrillas populares siempre que la ocasión lo requiriera, ya se tratara de la Navidad u otras fiestas religiosas, ya de la toma de hábito de una monja, o de alegrar el trayecto de un viaje o de una romería.*

*Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, en la edición de sus Obras Completas, insisten sobre la espontaneidad de estas creaciones líricas de Teresa de Jesús, citando una nota del antiguo códice de las Carmelitas Descalzas de Cuerva, que dice: «La víspera de esta fiesta (de la Circuncisión), estando las religiosas en la noche en recreación, salió la Santa de su celda ... danzando y cantando, e hizo que el convento la ayudase ... El danzar que entonces*

*y aquellos tiempos la Santa Madre y sus hijas usaban, no era ni con vigüela, sino daban unas palmadas, como dice el Rey David, omnes gentes plaudite manibus, y discurrían así con (más) armonía y gracia espiritual que otra cosa».*

*Sin duda la sensibilidad de Teresa no sólo se había impregnado de los libros de caballerías, sino que también había captado el acervo popular e incluso las corrientes literarias que estaban en el aire. El padre Silverio, en su prefacio al 6.º volumen de sus obras, refiriéndose a las poesías, observa: «compuestas sin más fin que dar salida a vehemencias devotas de su corazón y para entretenimiento edificativo de sus hijas, han de pecar de cierto desaliño de forma, aunque resulte ingenioso y regocijado, y lo preferimos a los afeites y retoques artificiosos de poetas sutiles y alambicados. Por esta causa se resienten también algunas composiciones suyas de llaneza familiar demasiada, y otras de ciertos asomos de conceptismo, que entonces hacía su aparición en las letras».*

*Sea como fuere, estos poemas de la Santa –no siempre escritos materialmente por ella, sino, a veces, atrapados al oído por las religiosas– se recitaron y cantaron en los conventos y se publicaron. Pronto se añadieron a ellos otros poemas que no se debían a la misma voz. No todos los estudiosos están de acuerdo respecto a estos últimos. Recogemos aquí los que parece actualmente que no presentan dudas de autoría.*



# Cantos del corazón enamorado



## Mi amado para mí

*Ya toda me entregué y di,  
Y de tal suerte he trocado,  
Que mi Amado para mí,  
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador  
Me tiró y dejó herida,  
En los brazos del amor  
Mi alma quedó rendida,  
Y cobrando nueva vida  
De tal manera he trocado,  
*Que mi Amado para mí,  
Y yo soy para mi Amado.*

Hiriome con una flecha  
Enherbolada de amor,  
Y mi alma quedó hecha  
Una con su Criador;  
Ya yo no quiero otro amor,  
Pues a mi Dios me he entregado,  
*Y mi Amado para mí,  
Y yo soy para mi Amado.*

## Muero porque no muero

*Vivo sin vivir en mí,  
Y tan alta vida espero,  
Que muero porque no muero.*

Vivo ya fuera de mí,  
Después que muero de amor;  
Porque vivo en el Señor,  
Que me quiso para Sí.  
Cuando el corazón le di  
Puso en él este letrero:  
*Que muero porque no muero.*

Esta divina prisión  
Del amor en que yo vivo  
Ha hecho a Dios mi cautivo  
Y libre mi corazón;  
Y causa en mí tal pasión  
Ver a Dios mi prisionero,  
*Que muero porque no muero.*

¡Ay, qué larga es esta vida,  
Qué duros estos destierros,  
Esta cárcel y estos hierros  
En que el alma está metida!  
Sólo esperar la salida  
Me causa dolor tan fiero,  
*Que muero porque no muero.*

¡Ay, qué vida tan amarga  
Do no se goza el Señor!  
Porque si es dulce el amor,  
No lo es la esperanza larga:  
Quíteme Dios esta carga  
Más pesada que el acero,  
*Que muero porque no muero.*

Sólo con la confianza  
Vivo de que he de morir,  
Porque muriendo el vivir  
Me asegura mi esperanza.  
Muerte do el vivir se alcanza,  
No te tardes, que te espero,  
*Que muero porque no muero.*

Mira que el amor es fuerte;  
Vida, no me seas molesta,  
Mira que sólo me resta,  
Para ganarte, perderte.  
Venga ya la dulce muerte,  
Venga el morir muy ligero  
*Que muero porque no muero.*

Aquella vida de arriba,  
Que es la vida verdadera,  
Hasta que esta vida muera,  
No se goza estando viva.  
Muerte, no me seas esquiva;  
Viva muriendo primero,  
*Que muero porque no muero.*

Vida, ¿qué puedo yo darle  
A mi Dios que vive en mí,  
Si no es perderte a ti  
Para mejor a Él gozarle?  
Quiero muriendo alcanzarle,  
Pues a Él solo es al que quiero,  
*Que muero porque no muero.*